

La enseñanza religiosa y la infancia

«Nada tan criminal como aprovecharse de la inferioridad del niño para sembrar en su cerebro los gérmenes del error», ha escrito Ingersoll, un ilustre pensador americano.

No suele pensarse en el daño que se causa á los niños y á la generación de que han de formar parte, imponiéndoles ideas preconcebidas, absolutamente falsas, que no pueden comprender ni discutir, pero que penetran profundamente en su cerebro, de donde es casi imposible desarraigarlas después, debido á que el cerebro y el corazón de un niño son el cerebro y el corazón del hombre virgen de quien ha dicho Alfredo de Muset:

«El corazón del hombre virgen es un vaso profundo; cuando la primera agua que en él se vierte es impura, toda el agua del mar es insuficiente para lavar la mancha, porque el abismo es inmenso y la mancha está en el fondo».

Llégase alguna vez á lavar la sombría mancha que nos aleja del máspreciado bien que pueda poseer el hombre, el conocimiento de la Verdad; pero ¡qué luchas interiores! Todos los que han recibido una instrucción religiosa y han logrado después emanciparse de ella, pueden hablar de las angustias que precedieron á la victoria. ¿Y los que han sucumbido en la lucha? ¿Y aquéllos, mucho más numerosos, que no han sentido la necesidad de luchar? Sin contar los grandes hombres como Galileo, á quien hizo callar la amenaza del tormento, ¿no hemos visto á un Newton y un Kepler sombreando una carrera brillante por la sumisión servil á las preocupaciones religiosas arraigadas en sus cerebros desde la infancia: el primero tratando de conciliar sus maravillosos descubrimientos con las locuras del Apocalipsis, el segundo atribuyendo á unos ángeles directores el cuidado de dirigir los movimientos planetarios cuyas leyes había descubierto él mismo? Y en nuestros días, no hemos visto dos

hombres de genio lanzarse á la defensa del cristianismo? Y á fe que lo hacen de una manera verdaderamente curiosa.

El uno, Russell Wallace, el gran naturalista que participa con Darwin de la gloria del descubrimiento de la selección natural, ha basado su defensa sobre condiciones de orden astronómico, y en su libro *El lugar del hombre en el Universo* ha probado que era tan mal astrónomo como buen naturalista; su defensa de la teoría hebicéntrica, según la cual nuestro sistema solar ocupa el centro del Universo, demuestra que desconocía completamente los principios más rudimentarios de la mecánica celeste.

El otro, lord Kelvin, que acaba de morir y que indudablemente era el físico más notable de nuestra época, admitía cándidamente en sus disertaciones religiosas que era imposible hallar en las ciencias físicas el menor signo de un poder creador ni siquiera director... pero á continuación añadía que la biología se encargaba de darnos pruebas evidentes de la existencia de un sér supremo. Y la biología era precisamente —nadie lo ignora en Inglaterra— la ciencia que menos conocía lord Kelvin.

¿Y qué diremos de Pasteur, de quien los santurrones se muestran tan orgullosos, porque proclamaba su fe católica entre dos experimentos microbianos! ¿Era el estudio de las propiedades devastadoras de esos focos vivientes de epidemias mortíferas lo que le inspiraba la admiración por la bondad infinita del creador de todos los seres vivientes, del hombre lo mismo que de la bacteria?

Hay ciertamente hombres de genio y también hombres de mediana inteligencia que han podido abrir los ojos á la razón, gracias á la constitución especial de su organismo ó á las condiciones del medio en que han vivido; pero los ejemplos citados prueban su-